

DE BUENAS LETRAS

Diabluras

WENCESLAO-CARLOS LOZANO

De la Academia de Buenas Letras de Granada

Últimamente proliferan los lamentos por nuestros «demonios internos». Así, en plural, por su capacidad para multiplicarse, remitiendo al 'daimon', divinidad griega de rango menor ya presente en la 'Ilíada', y expresión de la identidad personal. Un trasunto del Maligno, también conocido como Diablo, Satanás, Belcebú, Lucifer, Luzbel –entre otros apelativos cariñosos–, siendo este un referente religioso de rango superior aunque aquí transferido al ámbito político para deplorar cierto fracaso colectivo en la gestión de nuestras baqueteadas democracias.

Las tribulaciones históricas de la Iglesia con Satán y sus huestes infernales son harina de otro costal. Para eso están sus doctores. El que aquí nos interpela es un diablo cojuelo laico que se cuele por doquier y ahora nos tiene en vilo, ur-

giéndonos a defendernos de unos «demonios personales» en absoluto graciosos que, cómo no, dimanan de atavismos nacionales y, a la postre, raciales. Cierto es que los tiempos no se prestan a menos, con un Apocalipsis nuclear como contingencia más reciente. ¿No tendrá algo que ver en esta aterrador perspectiva la zarpa del Maligno, de quien afirmaba Baudelaire que su mayor astucia consiste en hacer creer que no existe? Guerras, hambrunas, integristas, pandemias, cambio climático, masas adocenadas e hysterizadas..., ¿no estará la humanidad entregándose, sin sospecharlo y con encono autodestructivo, a una suerte de glorificación satánica?

Hoy la sombra del Diablo asoma en las actividades cotidianas más anodinas: en la omnipresencia televisiva, en las machaconas semanas comer-

ciales, en la profusión de cachivaches adquiridos por correo, en la ingente cantidad de tapas que nos zampamos entre trago y trago con tan benéfico impacto cívico, siendo los bares un espacio idóneo para ejercer nuestra innata aptitud para la convivencia y poner a prueba nuestra resistencia hepática. O sea, que contamos con él para lo bueno y para lo malo, para catalizar nuestros fantasmas y nuestras ansias, y para enseñorearse del discurso político y emponzoñar la cohabitación ciudadana.

Ya fatalmente resignados a la irremediable presencia de un personaje con tanto potencial, procede acogernos a su faceta más amable –la de inspirador de creatividad artística– y, sin desairarlo más con el clásico «vade retro Satanás», cobijarnos en 'Los cantos de Maldoror', en la 'Divina comedia' o en el mito de Don Juan. Para alegrar la vista, ahí están el 'Jardín de las delicias' del Bosco, las 'Brujerías' o las 'Pinturas negras' de Goya; y para el oído, los trinos de 'La sonata del diablo' de Tartini o el 'Fausto' de Gounod. A Dios gracias, la oferta diabólica en arte es abundante.